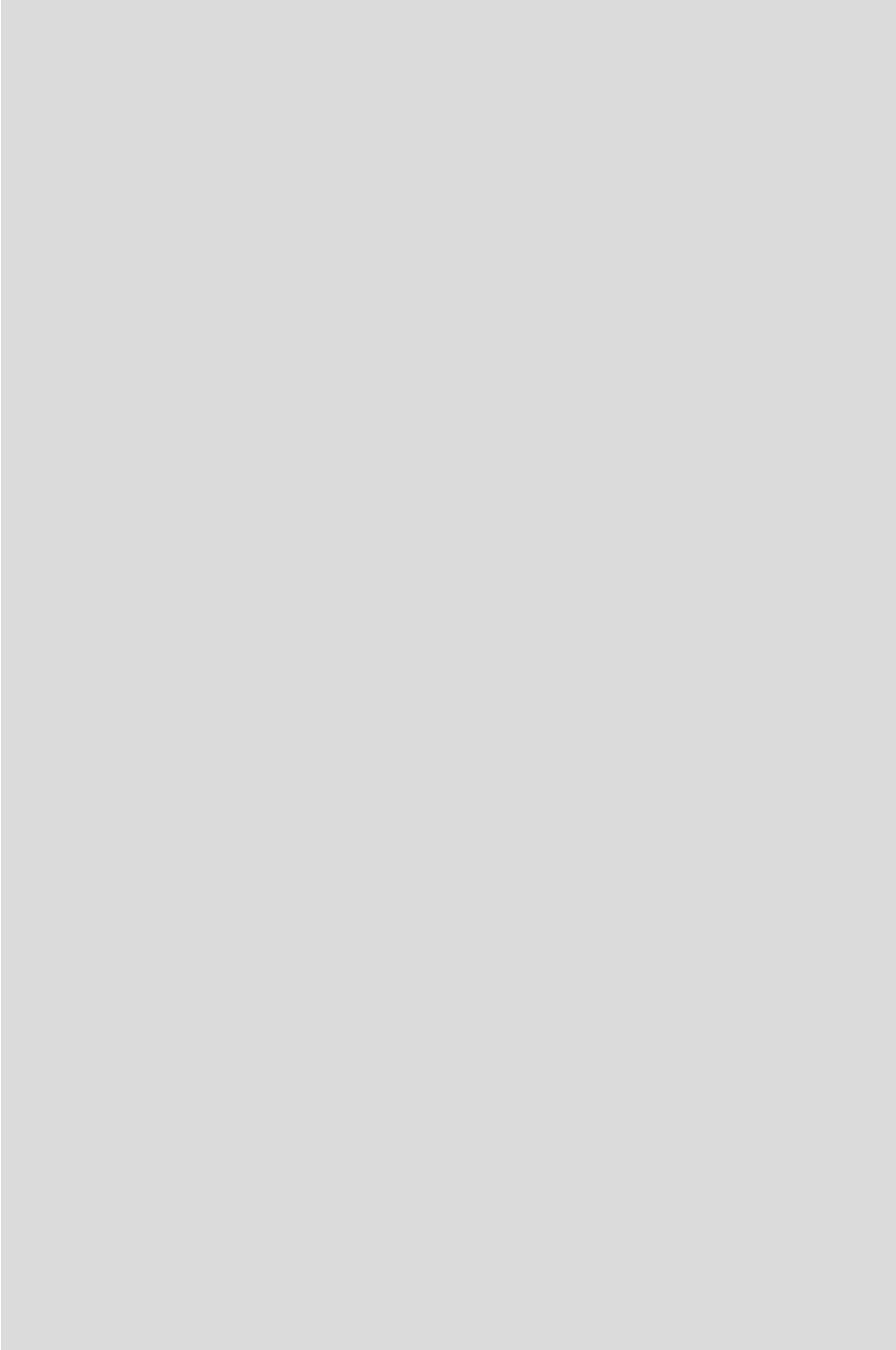


El Nuevo

an torres



Capítulo 1

Todo es insignificante en esta vida, hagas lo que hagas. Pero debes hacerlo igual, porque nadie más lo hará como tú. O eso decía Gandhi. Puede que ese pacifista, bajito, calvo y gafotas se equivocara o puede que no. Para mí esa frasecilla venida de un monje buenazo cogió significado el día que la fastidié sin saberlo.

Podría soltarlo todo de una, venir aquí y resumiros qué pasó y por qué quiero contarlo, pero no es una simple historia, bueno sí. Pero quiero que entendáis el por qué, quiero que sepáis qué pasó exactamente para que yo hiciera lo que hice y los demás no dijeran nada. Lo que sí puedo hacer desde ya es deciros mi nombre y de dónde soy, para que os situéis e incluso quizás, si sois espabilados y vivís donde yo, sepáis de ante mano de qué os voy a hablar. Así os ahorro tiempo y os horrorizo desde ya.

Mi nombre es Beatriz López, Bea o Trizz para los amigos y esto empieza en ese lugar donde por suerte o por desgracia todos hemos tenido que pasar horas y horas metidos por obligación, en un instituto de enseñanza obligatoria en Almería, bueno, no en Almería exactamente, más bien en un pueblecito costero, al que en realidad ya no se le puede llamar pueblecito porque no hace mucho lo tildaron de ciudad, la ciudad dentro de la ciudad por así decir. Hablo, como algunos ya habréis descubierto de Vera. Yo tenía diecisiete años, empezaba mi primer año de bachiller con digamos algo de ilusión por empezar por fin a estudiar cosas que me derivarían a lo que yo me quería dedicar profesionalmente, el periodismo. Debo decir que, aunque sea yo la que está contando esta historia no soy la única partícipe de ella, junto a mí estaban; Lu, María, Tony, Pablo y J.M. Todos cómplices de aquello, con más o menos intensidad, pero no voy a engañaros, no estoy aquí para eso. La total y única culpable, fui yo. Una vez leí, que a una misma persona solo pueden pasarle tres o cuatro cosas interesantes en su vida, bien pues esta es una de las mías.

Ahora que ya sabéis algo más sobre el sitio donde transcurre la historia y cuántos éramos, empiezo a contaros. Aquel fin de verano, principio de un nuevo curso todos volvíamos a clase con mitad cara de asco, mitad qué coño pasará este año. Es una sensación rara que seguro todos hemos experimentado, esa de no querer ir a clases porque aún están recientes las noches en la playa, los días levantándose tarde, las no-obligaciones y esas cosas, y a la vez quieres volver para poder contar lo que te ha dejado el verano, conocer a los nuevos y en ocasiones incluso volver a la rutina diaria hacia un futuro mejor. Ahora que han pasado los años y ya no sufro ese delirio, porque es eso, una especie de delirio que no te deja saber qué quieres puedo decir que la frase de "lo echarás de menos" es cierta. Se echan de menos, las jodidas clases, el maldito instituto y hasta

a los estúpidos profesores se echan de menos.

Lu, Pablo, Tony, J.M y yo éramos amigos desde la infancia, habíamos crecido en el mismo barrio y luego habíamos ido coincidiendo en; guardería, infantil, cole, instituto... la única con la que no habíamos crecido era María, ella se había sumado a nuestro grupo un par de años atrás, cuando llegó al pueblo y Tony se enamoró locamente de ella, y no es una frase hecha, es que en realidad lo hizo, cometió la locura de subirse a la cornisa de la casa de la chica hasta que esta accedió a salir con él. Fue algo loco y estúpido, de esas locuras que cometes a esa edad, pero sobre todo fue divertido, el muy imbécil resbalo y terminó en el hospital con una pierna rota durante dos semanas. Eso sí, tenía una cita pendiente con María.

Ese año nos tocó por primera vez en clases separadas, al entrar a la mía vi lo mismo de siempre, compañeros del año pasado y alguna que otra cara nueva, nada destacable. Me senté junto a una chica con la que no tenía una gran relación, pero con la que no me llegaba a llevar mal, por si había que pedir apuntes. No he sido una estudiante de sobresaliente, pero tampoco era de las que les gustaba suspender porque sí. Me senté y esperé a que todo el barullo inicial se calmara mientras el profesor sacaba sus cosas, aquella fue la primera vez que le vi. Entró en clase con los hombros caídos, mirando sus zapatos y diciendo hola de forma casi inaudible, es más creo que si no le hubiera estado mirando no le habría escuchado decir nada. Enfiló el pasillo de pupitres ya ocupados hasta llegar a la última fila donde quedaban dos asientos libres y se sentó en el que pegaba a la pared. No era nuevo, lo supe porque nadie más de la clase lo había mirado, no se habían extrañado al verlo. Por eso y porque dos compañeros sentados en las filas del medio le tiraron bolitas a su paso riéndose a carcajada limpia. Era un chico delgaducho de estatura normal, con un flequillo largo que le caía sobre la frente casi tapándole unos ojos negros como la noche que incluso sin mirarte fijamente ya parecían absorberte. Su mirada y la mía se cruzaron cuando se sentó, pero solo un segundo, el profesor llamaba al orden a la clase y él fue de los primeros en atender. Yo también me volví al frente, pero sin quitarme su imagen de la cabeza.

— Julia, conoces de algo a ese de ahí atrás

— El de la camiseta roja, sí. Es el raro.

— ¿El raro?

Mi compañera de asiento no pudo decirme nada más, el profesor había empezado a hablar, era Enrique nuestro tutor, y en esa maravillosa hora nos informaría de los profesores y asignaturas que cursaríamos. También pasaría lista. Lo cual a mí me venía de perlas ya que, al parecer el chico nuevo, solo era nuevo para mí. Por la mirada que me echó Julia ante mi

última pregunta, el apodo debería haberme sido suficiente para saber quién era el chico y el por qué le llamaban así, pero no tenía ni idea. Me pasé casi toda la hora intentando recordar si le había visto antes o si le había oído mencionar a alguien, pero después de una exhaustiva búsqueda en mi almacén de recuerdos di por sentado que no. No le había visto antes ni había oído hablar de él. Después de una larga verborrea sobre lo importante que iba a ser el año y lo muchísimo que nos tendríamos que aplicar porque ya no éramos críos y teníamos que formar desde ya nuestro futuro, Enrique, el profesor, comenzó a pasar lista. Agudicé el oído para intentar averiguar el nombre del chaval. Una idea estúpida ya que no podía situar la voz de todos mis compañeros y como tampoco podía darme la vuelta para ver cuándo respondía no iba a poder asociarle a ningún nombre. Una hora y pico después el timbre tan impuntual como siempre, sonó. Librando nuestros culos de sus asientos. Miré hacia atrás disimuladamente mientras recogía mis cosas para ver qué hacía el nuevo, pero ya no estaba. Salí de clase un poco confundida más por mi repentino interés que por otra cosa, algo en ese chico me llamaba la atención, no sabía el qué, pero algo.

—Trizz. —Oí llamarme a gritos desde la otra punta.

Lu me saludaba energéticamente, respondí mostrándole mi dedo corazón adjuntándole a éste una gran sonrisa.

— ¿Alguna vez aprenderás a saludar en condiciones?

Pablo se acomodó a mi lado de la barandilla sonriendo. En estos ocho años ha cambiado mucho, en aquella época llevaba el pelo casi rozándole los hombros, nunca se dejaba barba, su piel era más clara y sus ojos brillaban más. De aquel joven solo queda la sonrisa, esa sigue intacta.

—Puede, de momento seguiré así.

Su cara de pocos amigos nos hizo reír a Max y a mí, eso la cabreó. Ella si es verdad que no ha cambiado en nada, quizás ahora ríe un poco menos, pero como todos. Supongo.

Ignorando mi insulto que sabía era con todo el cariño que te da el crecer con alguien, se puso a hablar con Pablo sobre los profesores que le habían tocado, iban por La Loli, una mujer de ochenta años que sorprendentemente impartía tecnología. Cuando yo desconecte, el nuevo estaba en frente. Tirando en el suelo con un libro en la mano, los mismos idiotas que antes le tiraban bolitas de papel a la cara con una precisión asombrosa. Me impresionó bastante su manera de abstraerse de esos idiotas, si le cabreó lo más mínimo no lo exteriorizó.

—¿Qué haces mirando al raro?

La voz de María en mi oído me sacó del trance, la miré extrañada ¿Cómo era posible que ella también le conociera y yo no? Esperaba una respuesta con las cejas en alto, yo por mi parte me limité a negar vagamente. A sabiendas de que si le preguntaba a la-todo-lo-sabe no me daría gran explicación o de hacerlo consistiría en una ofensa absoluta hacia el pobre chico. Vi al profesor a lo lejos y aproveché para despedirme de ella, no es que no me cayera bien, es que siempre ha sido una presuntuosa engreída, la aguantábamos más que nada por el enamorado de su novio.

La siguiente clase hice lo mismo que en la anterior, intentar averiguar el nombre de ese chico, pero una vez más fue en vano. Intenté esta vez darme la vuelta disimuladamente para ver cuándo contestaba, pero cuál fue mi sorpresa al ver que el que me estaba mirando era él a mí. Creo que no he vuelto a ponerme tan colorada como aquel día. La clase transcurrió sin más ganas por mi parte de hacerme la detective Conan. Una vez más cuando me dispuse a salir, él ya no estaba. Un poco cansada de mí misma y con la pereza del verano aún encima decidí irme a casa, recogí una vez más mis cosas para esta vez meterlas en la mochila, colgármela al hombro y salir al patio.

Salgo junto a todos los demás al recreo a la búsqueda de mis amigos, que como siempre están sentados en un banco frente a las pistas de baloncesto. Me ven llegar y se ponen a hacer los idiotas a grito vivo, ya están todos. Nunca supe cómo hacían para salir antes que el resto del instituto al completo. Me siento y hago como que escucho la conversación que están manteniendo, la verdad es que mi atención está puesta en una esquina de la cancha de baloncesto, en donde el nuevo está sentado leyendo. Los mismos idiotas de antes andan cerca y a mí vuelve a sorprenderme su capacidad de concentración, esos chicos están murmurando cosas sobre él, es más uno de ellos el que parece más imbécil le pide el balón a los chicos que están jugando un partido. Sus acompañantes empiezan a taparse la boca, evitando reír a carcajada limpia. El primer impacto da al lado, no sé si a modo de aviso o por falta de puntería. El nuevo sigue a lo suyo. Le vuelven a pasar el balón al gracioso de turno. En aquél entonces me sabía su nombre, pero a día de hoy no recuerdo ni su cara. Ahora tenéis que disculparme porque a falta de saber el nombre del chico y harta de llamarle "el nuevo" le llamaré por su apodo, aunque sé que no es mejor que llamarle el nuevo. Pero bueno, para no liar más la cosa y hasta que llegue el momento yo también me referiré a él con ese apodo. Como iba diciendo el primer tiro al raro fuera intencionado o no, falló. Una vez más, este ni se inmutó y si lo hizo lo supo disimular de maravilla. La atención hacia el raro aumentó un poco, otro grupo que se encontraba cerca de la pista empezaron a mirar la escena divertidos, es más hasta mi grupo de amigos se dio cuenta,

aunque eso fue culpa mía.

—Ya se están metiendo con el raro otra vez —murmuró María, aunque me miraba a mí, no a él—. De verdad que no tiene remedio.

Lu, que a pesar de lo que se pueda creer es la chica más observadora y lista con la que yo me haya podido topar. Me miraba atenta, con una mirada que a lo largo de los años he aprendido a distinguir. Es la mirada que pone cuando una certeza que a veces ni se ha cuajado para el resto del mundo le ronda en la cabeza.

—Como siempre. —Dijo sin apartar la mirada de mí.

Volvimos la vista a la escena que se estaba llevando a cabo a escasos metros de nosotros. El idiota había recuperado el balón y se disponía a lanzarlo de nuevo. Esta vez acertó de lleno, en toda la cara. Me gusta pensar que no fui la única en contener la respiración al presenciar aquello. El libro cayó de las manos, por la distancia no podía decirlo con total seguridad, pero por lógica supongo que por el impacto el raro cerró los ojos. Lo que sí pude distinguir a esa distancia fue el hilo rojo que comenzó a salirle de la nariz, este se llevó la mano a la cara, palpando el líquido viscoso. Las carcajadas del grupo del idiota llegaban hasta nosotros. El raro recogió el libro de donde había caído a su lado, se levanto despacio mientras se limpiaba la cara con el dorso de la mano, agarró su mochila sin mirar al grupo de imbéciles y empezó a caminar. Al alzar la vista, su mirada se dio de bruces con la mía y ahí sí, extrañamente su gesto se turbó un poco, muy poco. Enfiló hacia dentro del edificio con la mochila al hombro y de nuevo la mirada fija en el suelo que pisaba.

—Me largo. —Anuncié.

Todos me miraron, sorprendidos, excepto Lu, esta seguía con la mirada puesta en la entrada por donde el raro se había esfumado.

—¿El primer día?

Preguntó J.M traumatado, era el empollón del grupo, para él en general saltarse las clases era acto reprochable, pero hacerlo el primer día, eso, no tenía nombre a su entender.

—Ya he tenido dosis suficiente de estupideces en un día.

Me levanté dispuesta a irme.

—Esta tarde iré a verte.

La intervención de Lu no me causó sorpresa alguna.

—Hoy no. —Atajé sin más.